

diera su vigilancia al de Córdoba, unida á las de Medellín, al mando de Luis Domínguez.

4º Que Dozal compraría con el producto de las reses hasta 400 barricas de harina que haría llegar á Alvarado quince días después; conteniendo dentro, rifles desarmados, pistolas, parque elaborado y cápsulas, tanto como fuera posible, pagando además el rescate del guerrillero José Mº Hernández, antiguo insurgente, de gran valor, popularidad y conocimientos prácticos del terreno, y á cuya pericia debía quedar encargada la conducción del armamento.

Veinticuatro horas después todo estaba listo: el ganado recibido, los que debían conducirlo ocupando sus puestos, las guerrillas retiradas á sitio distante para dejar libre el camino que aquel debía atravesar y recorrer. Dos días más tarde se tuvo noticia de la felicidad con que marchaba todo, y comunicaciones verbales de Dozal y de Campos hicieron saber que el armamento y municiones llegarían al Cuartel General con toda seguridad: el regocijo fué grande porque se tocaba la realidad de los deseos que todos sentían. La reventa de las harinas al comercio de la costa, con el que ya estaban contratadas, proporcionaría, además, algunos recursos pecuniarios de consideración, después de cubiertos el valor y gastos del ganado.

Un acontecimiento inaudito, infame é incomprensible en un principio, echó por tierra todo este vasto proyecto, desvaneciendo dolorosamente nuestras esperanzas, y poniendo en gran peligro la vida de los que en Veracruz estaban mezclados en el negocio.

Lo que aconteció fué una traición, más infame aún que la que habían llevado á cabo los que fueron al mercado europeo á poner en subasta pública nuestra patria querida; y los acontecimientos que de ella se derivaron, de fatales consecuencias para la defensa de la costa de Sotavento.

Debo advertir que si me son tan conocidos todos los detalles que he referido y todo lo relativo á este escandaloso asunto, es

porque sucesos anteriores, cuyas consecuencias se relacionaron más tarde con los sucesos que funestamente complicaron la situación, hicieron que cesara en las funciones de Mayor de órdenes que desempeñaba, para encargarme de la Fiscalía de causas. La traición de un correo que conducía pliegos de importancia para el General Llave, y los cuales fué á entregar al enemigo en Veracruz, y la llegada de una partida de mulas quitadas á los franceses á tiro de fusil de los baluartes de esa ciudad, determinaron mi nuevo modo de ser en el Cuartel General.

V

La ambición, la codicia, la felonía, el dolo y la venganza en fatal combinación, fueron los móviles para lo comisión de hechos vergonzosos y punibles, que tornaron en triste y difícil la situación á que quedaron reducidos en Alvarado los defensores de la Independencia Nacional, según he referido ya al principio de este "Recuerdo" que aún hoy me contrista á la vez que me indigna.

En la madrugada del quinto día, cuando todos los que estaban en el secreto creían que el ganado estaría ya en Veracruz, uno de los conductores llegó á todo escape, anunciando que la partida había sido capturada y sorprendida por una de nuestras guerrillas y reconducida al Cuartel General. Un rayo que hubiera estallado sobre nuestra cabeza, ó el abismo abriéndose repentinamente á nuestros pies, no nos hubiera causado mayor espanto en aquellos momentos, y la palabra *traición* y la idea de quién fuera el traidor, comenzó á introducirse entre nosotros. Todos estábamos interesados en el buen éxito del negocio; y de fracasar, sólo dos podían recibir beneficio. Sobre estos hombres recayeron nuestras sospechas.

El ganado y la guerrilla que lo había aprendido no se hicieron esperar mucho tiempo, y entónces pudimos ver que era la que mandaba García; la misma á la cual se le habían comunicado órdenes para trasladarse al camino de Córdoba, y

que aparecía sobre el de Medellín á Veracruz. El aire de triunfo con que entraron á Alvarado, la insolencia que se retrataba en la vulgar y antipática fisonomía de uno de los conductores, los diversos y amenazadores comentarios que en los grupos de gentes que se habían formado se hacían, todo predecía y atestiguaba el descontento del pueblo, que murmuraba y nos veía de reojo luego que cuchicheaban con guardianes y guerrilleros.

Preciso era no darse por entendido á fin de que la tropa, que permanecía impassible y ajena á todo en sus cuarteles, no llegara á sospechar nada de lo que pasaba, ni se pusiera en contacto con el pueblo; y el mismo Larragoiti, que aparentaba la mayor calma y tranquilidad, dictó las órdenes conducentes al depósito del ganado, prisión de los que aparecían como contraventores á la ley, é instrucción de la causa correspondiente *en averiguación de hechos*, cual si cumpliera lealmente con sus deberes por ignorar de lo que se trataba.

Todos estábamos preocupados y profundamente conmovidos, pues la traición cometida podía costar la vida á nuestros amigos de Veracruz y de Medellín.

La causa se inició, y en pocos días estuvo ya bastante adelantada para comprender lo que había pasado, y para sentirse lastimado de servir á las órdenes de hombres sin honor, sin fe y sin patriotismo; pero se podía comprender la realidad á través de declaraciones ambiguas, encubiertas y mal intencionadas, para hacer recaer la culpa y la enormidad de una falta imaginaria sobre los que eran del todo inocentes: sobre los vendedores del ganado.

Lo diré en breves palabras.

El mismo Jefe que al principio no quiso admitir el proyecto; el mismo que después pareció que lo acogía con entusiasmo; el mismo que presidió las reuniones secretas, que nos alentaba y predecía una serie de triunfos para nuestras tropas; el mismo, en fin, que para facilitar el paso del ganado había dado órdenes de carácter oficial al guerrillero García,

ese mismo nos traicionó, dando aviso secreto por medio de uno de los conductores, hombre de malos antecedentes y pésima conducta, según se averiguó después, al mencionado guerrillero, "*de que tenía noticia del paso de una partida de reses con dirección á Veracruz.....*"

Ya se comprenderá lo que sucedió conforme al tenor de este aviso secreto; resultado de una infamia para cometer un robo, premeditado quizás durante las discusiones que se promovían en las juntas en que se trataba de asegurar el buen éxito del asunto.

En efecto, aprehendido el ganado, y declarado *buena presa*, conforme á las leyes de la materia, los que aparecieran culpables serían castigados con todo el rigor de las leyes, y el importe de la venta, en pública subasta, distribuída entre los aprehensores, el fisco y el Jefe de la jurisdicción militar. Es decir, que en este caso, y dados los antecedentes, se trataba de sacrificar á unos desgraciados cuya única culpa era haberse prestado á servir lealmente los intereses de la patria, en beneficio de intereses bastardos, de origen puramente personal.

Terminado el expediente, bastante voluminoso, y en el cual figuraban *cartas y notas* particulares, proporcionadas por algunos de los declarantes, que no dejaban de comprometer al referido Jefe, el Cuartel General lo pidió de oficio al fiscal para *remitirlo á la superioridad*, y como aquél no podía rehusar la entrega porque se trataba de *una consulta* de asesor, y allí no existía ninguno que asumiera tal carácter, lo entregó diligenciado con todas las formalidades debidas, exigiendo el recibo correspondiente. Este recibo lo agregé á una copia certificada por dos oficiales de graduación, cuya copia había sacado trabajando durante las noches, porque preveía lo que iba á suceder.

El expediente, acompañado de su oficio de remisión, fué cerrado, lacrado y sellado, y para mayor seguridad se nombró al Capitán Aldana para que personalmente lo condujera

á Jalapa, residencia de los Poderes civil y militar del Estado.

El referido Capitán partió, y dos días después circuló la noticia, vaga primero, y confirmada en seguida, de que, conductor y pliego habían extraviado el camino, dirigiéndose á Veracruz..... Agregábase que á su salida de Alvarado, Aldana iba ya comprometido con el Jefe principal para no llegar á Jalapa, y no faltó quien asegurara que el expediente había quedado en poder del referido Jefe.

La traición estaba consumada, y sólo faltaba proceder al despojo.

VI

Los alvaradeños, en lo general, presentan un tipo especial, característico: un tipo *propio de ellos*, permítaseme la figura: violentos y bruscos, como el elemento á que viven consagrados desde la niñez, parece que se han asimilado con él, y como él tienen un fondo que es preciso sondear para comprender sus bellezas. Francos, altivos, de ruidoso hablar, enérgicos para expresarse, rápidos en sus actos y movimientos, vehementes en sus pasiones; como el mar, fácilmente se enfurecen, y fácilmente también se apaciguan; y así como aquél en sus borrascas es terrible, y en calma un niño sobre frágil barquilla lo domina, así éstos en sus furores llegan hasta la ferocidad, y en su vida normal son serviciales, dadivosos y leales. El alvaradeño es esencialmente susceptible y parco en prodigar su amistad; pero el que una vez tiende á alguno la mano de amigo, este alguien puede decir que cuenta con un amigo incondicional á vida y á muerte.

Es localista hasta la exageración, todos forman una y estrechamente unida familia; y si entre ellos se atraviesa una rencilla cualquiera, esta desaparece desde el momento que uno de los adversarios se ve atacado en su honor, en su persona ó en su familia por un extraño. La ofensa que se haga á un hijo de Alvarado, la siente y recibe por suya la pobla-

ción entera. Dados estos antecedentes, fácilmente se podrá juzgar la impresión que les causarían los acontecimientos enarrollados. Alvaradeños eran los propietarios del ganado de que se les quería despojar; alvaradeños los individuos presos; alvaradeño el correo que precisamente debía ser fusilado como traidor; y alvaradeño, por último, el bravo guerrillero, que habiendo quitado al enemigo una buena partida de mulas, se hallaba encarcelado injustamente por orden del segundo en Jefe, que saciaba en él una ruin venganza por cuestiones personales.

La tormenta, pues, comenzaba á rugir sorda y amenazadora en el corazón de todos aquellos hombres que se sentían heridos en su exagerado localismo, y que, sin tener conocimiento exacto de los hechos, escandalosos, es cierto, que habían tenido lugar, y sin tener en cuenta que todo movimiento hostil y á mano armada contra las autoridades legales era punible, sobre todo en las circunstancias por que el país atravesaba, sólo veían que se aprisionaba, que se juzgaba militarmente y que se debía fusilar, quizás, á uno ó á varios hijos del pueblo.

Miradas hoscas, murmuraciones ofensivas y calumniosas para toda la oficialidad, amenazas encubiertas, fueron los primeros síntomas de la tempestad que se venía anunciando aun á la vista de los más indiferentes ó menos avisados; y se comprenderá perfectamente que sólo faltaba un pretexto cualquiera para que estallara.

El pretexto no se hizo esperar.

La orden de ponerse en venta, al mejor postor, el ganado aprehendido, determinó la situación é hizo estallar la mina; y como si la tal orden no fuera bastante para aumentar el peligro que todos teníamos encima, como si ella no fuera suficiente para exacerbar la cólera de un enemigo que daba señales de no retroceder ante ningún obstáculo, una disposición de la Comandancia Principal, tan torpe como absurda, tan inconveniente como falta de oportunidad, vino á ponernos en

otro peligro mayor: el de poder ser sorprendidos y destrozados por el enemigo común, sin siquiera podernos defender.

VII

En las primeras horas de la tarde del día 16 de Agosto, pasó revista de inspección en la Plaza de Armas el resto de la caballería de San Juan Evangelista, que había llegado la víspera: se le pertrechó y municionó convenientemente, y poco después salió para el Llano á reunirse con la fuerza de la misma arma que estaba como de observación en la hacienda de Mondinga. Aquella gente no demostraba ni entusiasmo ni ardor patrio: su aspecto era el de la más completa indiferencia.

Luego que hubo partido, el nuevo Mayor de Ordenes, Comandante D. Eusebio Allier, dispuso que *se recogiera el parque á toda la guarnición*, según la orden que había recibido, á pretexto de que habiendo escasez de él *debía conservarse*; que sólo la guardia del Camposanto estuviera municionada con dos cartuchos por plaza, inclusive el con que tenía cargadas sus armas, y que se suprimieran los puestos de guardia que hasta el día anterior habían cubierto la Casa Mata y algún otro punto que se había creído de importancia. Es de advertir que la guardia del Camposanto estaba confiada al batallón de Alvarado. Recogido y encajonado el parque se depositó todo en los bajos de la torre del Relox, lugar de antemano escogido con tal objeto, entregándose la llave del improvisado almacén al Guarda-parque, Teniente D. José M. Valdés.

La oficialidad toda, aunque sin hacer demostración de ninguna especie, protestó ante el Mayor de Ordenes contra estas medidas altamente maliciosas y comprometedoras: y algunos jefes y oficiales resolvieron presentarse al siguiente día al Comandante principal para pedir su pase y reingresar al Ejército de Oriente.

El disgusto era general; se presentía algo inesperado; y los

mismos jefes y oficiales, en vista del poco tino y circunspección de los superiores, ejercieron un turno de vigilancia extraordinario, sin haber encontrado motivo alguno de desconfianza hasta las dos de la mañana del 17, á cuya hora se retiraron los últimos, que recorrieron todos los puntos militares, inclusive el fortín de Santa Teresa.

Los revoltosos procedían con toda cautela para asegurar el éxito del atentado que meditaban.

Entre cuatro y cinco de la mañana del mismo día 17, toda la caballería que debía estar en el Llano reapareció en las calles de Alvarado, uniéndose á ella la guardia del Camposanto, algunos grupos del pueblo y gran parte de la Guardia Nacional; y con tal sigilo y prudencia procedieron todos, que á las seis estaba consumado el crimen de lesa-nación, pues aunque no proclamaban plan político alguno, desconocieron á los jefes, y los aprisionaron, poniendo en libertad á los presos que se encontraban en la cárcel pública, así políticos como del orden común, dando creces á un verdadero motín;¹ y para mayor vergüenza de ese pueblo que antes se jactaba, y con justicia, de ser *patriota*, al frente de aquellos trastornadores del orden público que comprometían el honor de su ciudad natal, aparecieron como jefes absolutos el correo traidor, el conductor denunciante, el guerrillero encausado, y un peruluario de pésimos antecedentes, vergüenza de una familia pobre pero honrada.

Larragoiti, Morales, Enríquez y Güido, fueron aprehendidos en su propio alojamiento: otros oficiales lo fueron en las calles al salir para informarse de lo que ocurría, y al segundo en Jefe tras la cama donde dormía, y donde se había refugiado hasta poder ponerse en salvo: en cuanto á mí fuí reducido á prisión por tres de á caballo en los corredores de la

¹ Entre los presos del orden común se hallaba un tal Camilo Castro á quien se juzgaba por sospechas de robó. Al ser notificado por los revoltosos que quedaba en libertad, los apostrofó duramente, y permaneció en la prisión á disposición de sus jueces legales.

Comandancia Principal adonde me había dirigido para inquirir la verdad de lo que pasaba.

A las diez de la mañana, y ya bajo la influencia del alcohol, los jefes principales y el Secretario de Gobierno fueron conducidos á la cárcel pública, atados codo con codo, cual si fueran unos criminales; y esto, después de haber sostenido Larra-goiti una lucha desesperada con sus contrarios, para no dejarse arrancar las presillas que portaba sobre los hombros: lucha en la cual hubiera sucumbido indudablemente á no ser por el arrojo y heroica actitud que tomó la Sra. D^a Juana Tejeda de Gastañaga, dueña de la casa donde se había encerrado provisionalmente á los prisioneros principales á quienes se intentaba asesinar en aquellos momentos. La Sra. Tejeda de Gastañaga, á la vez que con varonil acento apostrofaba al feroz cabecilla que pretendía herir con el machete á Larra-goiti, procuraba defenderlo interponiéndose entre los dos. Esto pasaba en el corredor, en tanto que su esposo, allí mismo donde fué hallado, se veía amagado por el guerrillero Guzmán, quien si no le disparó á boca de jarro la carabina que empuñaba, fué debido á un grito que á tiempo le dí.

—¡Los que han combatido contra la Reacción defendiendo la plaza de Veracruz á las órdenes del Coronel Zamora,—le dije acercándomele—no proceden nunca como asesinos!

—¡Es verdad, mi Capitán!—rugió Guzmán, trémulo de ira y centelleante la mirada.

Y arrojó el arma contra el suelo, á riesgo de ocasionar una desgracia, ordenando en seguida la prisión de Gastañaga.

Guzmán, en efecto, había servido en la clase de sargento 2^o de granaderos del batallón de infantería Guardia Nacional de Veracruz, y justo es decirlo, siempre observó la mejor conducta.

Allí, en la cárcel, deberían permanecer cual si se tratara de unos facinerosos *hasta que* (palabras textuales) *cayera el sol para conducirnos á todos al "Llano Grande," donde seríamos juzgados y castigados.*

El Comandante Enríquez y yo quedamos presos en una habitación de la misma Comandancia Principal, y nada sabíamos respecto de las compañías de Tlacotalpam, Cosamaloápam y "Reemplazos," ni menos aún de lo que pudiera haber sucedido en el fortín de Santa Teresa: sospechábamos que las primeras no habrían tomado participio alguno en aquella escandalosa asonada, pero sabíamos también que *no tenían parque.*

Tal fué la primera parte de la jornada del día 17 de Agosto de 1862 en Alvarado.

VIII

Cuando en medio de los insultos, improprios y denuestos más groseros, fueron conducidos á la cárcel pública los jefes de que he hecho mención; cuando ya enteramente solos Enríquez y yo pudimos darnos cuenta de nuestra situación y apreciarla en su verdadero valor, recordamos las últimas recomendaciones que el más feroz de los cabecillas que fungían como jefes de aquella turba enfurecida hizo al centinela de vista que dejó custodiándonos á la puerta de la habitación que nos servía de cárcel:

—Si se mueven,—le dijo todo airado—*tirales*: respondes de ellos con tu cabeza.

Nuestro centinela ó vigilante era un hombrón de aspecto temible, armado con una mala escopeta de un solo cañón, es cierto, pero todo él revelaba una fuerza muscular que en caso dado podía sustituir á aquella mala arma, toda vez que nosotros estábamos desarmados, podía combatir ventajosamente contra los dos y vencernos, á no dudarlo. Paseábase arrogante y dándose todo el aire de matón á lo largo del corredor de la casa, dirigiéndonos furibundas miradas cada vez que pasaba cerca de nosotros; y si nos hacíamos los desentendidos, no por eso dejábamos de observarlo. La calle, bastante apartada del centro, estaba enteramente solitaria; todo el movimiento se había concentrado en la Plaza de Armas; pero hasta

nosotros comenzaron á llegar los ecos del vocerío y desórdenes que allí había. Aquel hombre era una amenaza peligrosa para nosotros, puesto que estábamos á su disposición.

En Enríquez y en mí dominaba la misma idea.

—No estoy dispuesto á dejarme asesinar por ese bandido, —me dijo el Comandante á media voz, en una de las veces que el centinela estaba algo alejado, siguiendo su constante paseo.

—Ni yo tampoco,—le contesté aprovechando la misma circunstancia.

Hablamos un momento para ponernos de acuerdo acerca del modo de fugarnos, y nos acercamos á la puerta de la calle, aparentando la mayor indiferencia.

El centinela pasó, nos hicimos una seña, y al volvernos nuevamente la espalda, nos arrojamos rápidamente sobre él, impidiendo que pudiera gritar ni hacer uso de la escopeta. Los tres rodamos por tierra. El Comandante lo desarmó aunque con bastante trabajo, pues se debatía furiosamente, en tanto que yo lo sujetaba contra el suelo oprimiéndole con todas mis fuerzas la garganta para que no gritara: un soberbio y bien aplicado culatazo en la cabeza, lo dejó como muerto, y después de romper la escopeta contra una piedra, Enríquez se dirigió por calles extraviadas á su cuartel, en tanto que yo hice rumbo hacia Santa Teresa. Serían las diez de la mañana, y nos dimos cita para las doce, avisándonos el punto de reunión por medio de un emisario que él ó yo nos enviaríamos. El no creía que sus soldados, pocos pero buenos, hubiesen defecionado; y por mi parte tenía plena confianza en la guarnición del fortín, á donde me dirigía á toda carrera y sin volver la cara atrás, sin sentirme sofocado por los ardores del sol, cuyos rayos caían á plomo sobre el médano que tuve que atravesar.

No nos habíamos engañado.

La poca fuerza de infantería que estaba en sus cuarteles permanecía fiel aunque impotente, á causa de no disponer de

un solo cartucho, debido á la disposición que sobre este particular se había dictado el día anterior, dando por resultado que los pronunciados se habían apoderado del depósito del parque, estableciendo en él fuerte guardia y encerrando dentro al Comandante Güido: en cuanto á los artilleros, tanto de Veracruz como de Alvarado, que guarnecieron el fuerte de Santa Teresa, apenas me divisaron comenzaron á vitorear al Gobierno y á la República.

* * *

Por fin, podíamos pensar en deshacer aquel tumulto, empleando todos los medios que fueran necesarios, aun los más desesperados. Desde luego dispuse que las cuatro piezas de artillería que montaba el fortín se volvieran en dirección á la plaza y se cargaran con proyectiles sólidos, y envié un comisionado, el teniente D. Pedro Flores, acompañado del sargento "Peregil," para hacer saber al Comandante Enríquez la buena situación en que me encontraba, pidiéndole noticias suyas; y á su regreso me las trajo satisfactorias, pues ciudadanos honrados y verdaderamente patriotas, como D. Francisco Tejeda, D. José Ruiz Parra, D. José Sánchez, D. José M^a y D. Donaciano Zamudio, y algunos más que ahora no recuerdo, habían afeado su conducta, de una manera enérgica, á aquellos mal aconsejados hombres que ponían en conflicto á la población entera, exponiéndola además á mil peligros. Al mismo tiempo, el guerrillero Guzmán me enviaba un recado para que nos apersonáramos en las "Pesquerías," á la entrada de la población, pues quería hablar conmigo.

Mi apóstrofe, en los momentos que iba á disparar sobre Gastañaga, lo había impresionado.

Inmediatamente me puse en camino, y á mi llegada ya estaba esperándome acompañado de otro de los facciosos, antiguo condiscípulo y paisano mío.

De nuestra entrevista resultó que entráramos juntos á la

población, y que se citara para una junta á la que concurrieron los jefes y oficiales puestos ya en libertad, á excepción de los principales, que continuaban en la cárcel con el Secretario de Gobierno, algunos empleados y funcionarios públicos, y varios particulares, personas de valimiento en aquella sociedad. En esa junta se convino en que los pronunciados se retirarían en el acto al "Médano Pelón," y que á las tres de la tarde enviarían comisionados *ad hoc* para tratar con los que nombrara la plaza, á fin de hacer que cesara aquella situación desesperada para unos y difícil para todos.

Como se comprenderá, con este paso, que desde luego parecerá extraño, sólo quisimos ganar tiempo para disponer libremente lo que fuera más conveniente hacer. Los pronunciados se retiraron, y pudimos observar entonces que se habían separado de ellos muchos de los que cuatro horas antes los habían acompañado para llevar á cabo un golpe de mano tan audaz como punible.

Lo que pasó después fué verdaderamente inesperado, imprevisto; y aquella asonada que iba tomando carácter de un drama cuyo desenlace se escribiría con la sangre de algunos de los prisioneros, terminó como un sainete ridículo, sin que hubiera ninguna desgracia personal que lamentar.

IX

Lo primero que hicimos luego que nos vimos libres de la presencia de los amotinados, fué forzar las puertas de la cárcel, poniendo en libertad á los jefes principales, y luego romper las del depósito de parque, municionando abundantemente á las compañías de infantería que habían permanecido fieles á su deber. Larragoiti y Gastañaga, completamente abatidos y desmoralizados, se retiraron á sus respectivos alojamientos, delegando sus facultades al jefe del Estado Mayor, cuya primera providencia fué dar de baja al Comandante Alier, que

ya no podía inspirar confianza por la conducta que observara respecto á los pronunciados; á un Teniente de apellido Pérez, que habiendo sido nombrado para una comisión, desertó, yéndose á esconder á un casucho lejano; y á un Capitán Bonilla, á quien habiéndole ordenado antes de mi aprisionamiento que tomara veinte hombres de su compañía y fuera á reconocer la posición de los sublevados, cuando se encontraba todavía á dos cuadras de distancia de la Comandancia Principal, arrojó la espada, se deshizo de la chaqueta, y abandonando la fuerza, echó á correr hacia el muelle, embarcándose atropelladamente en el pailebot "Juanita" que en esos momentos se disponía para hacerse al mar. El patrón Sandiel lo tomó por los hombros y lo lanzó al muelle entre las risotadas de todos los tripulantes.

En seguida se procedió á formar un plan para poder dar término á aquel ascándalo.

Este plan era tan sencillo como seguro en sus resultados.

Se cerraron las bocacalles que desembocan á la plaza con secciones de infantería, cada una al mando de un Capitán, dejando descubierta la que por las "Pesquerías" sale á la playa del río, enteramente enfilada por la batería de "Santa Teresa," y en las dos que determinan los costados de las Casas Consistoriales y la Parroquia, se situaron á retaguardia las dos pequeñas piezas de artillería de que he hablado al principio, y de las cuales no tenían noticia los sublevados, *enmascarándolas* la sección de infantería que las cubría.

Claro es que no tratábamos de medir nuestras fuerzas con aquella chusma, sino tenderles un lazo para que pagaran su atentado aquellos hombres que habían abusado cobardemente de la confianza en ellos depositada. Dejar llegar á los comisionados, y una vez encerrados en aquel cuadro, fusilarlos; y cuando sus camaradas se apercibieran de ello y corrieran á vengarlos, descubrir las piezas para recibirlos á metralla: los que escaparan buscarían la salvación por el único punto que adrede habíamos dejado descubierto, para que una vez en la